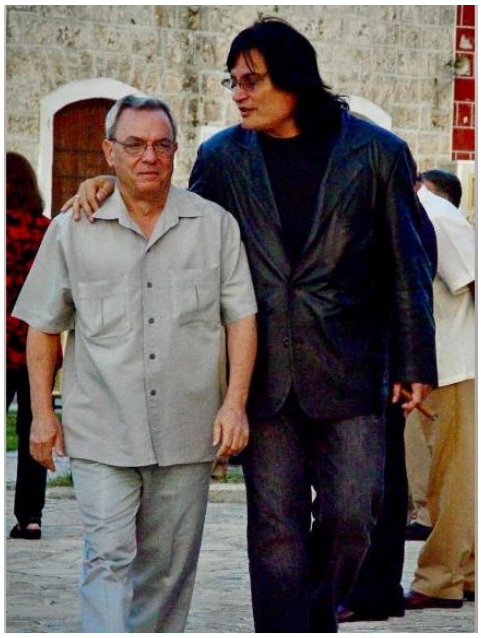


Escuchando a los Muertos

(Notas sobre espíritus y Espiritismo) (VI)

Amaury: el bisnieto de Rosalía

Lillian Alvarez y Abel Prieto

Tenemos el privilegio de que Amaury Pérez Vidal, gran trovador, gran poeta y narrador, sea un miembro de nuestra familia. Un hermano muy querido. Desde que empezamos a escribir estas notas, hace unos tres años, compartimos con él y con Petí, su novia eterna, su esposa y musa, la alegría de estar tanteando en las tinieblas, en lo desconocido, para desbrozar un poco la maraña de prejuicios que a veces nos impide entender un movimiento tan deslumbrante como el Espiritismo.

Amaury se entusiasmó de inmediato con el proyecto y enseguida nos habló de las muchas ocasiones en que los muertos han tocado a su puerta, por decirlo así, para que los escuche. Y él, nos dice, les da siempre la bienvenida y los invita a sentarse a conversar en su terracita.

Aunque es católico, muy católico, Amaury no percibe nada tóxico ni diabólico en la comunicación con los espíritus desencarnados. Tampoco ha participado en sesiones espiritistas "formales" ni frecuenta ninguno de

los Centros que hay en La Habana, ni ha acudido a ningún médium para que lo apoye.

Algunas confesiones de Amaury

Como ustedes saben (nos dice Amaury), yo soy católico. Hice la comunión y me confesé cuando era niño con el padre Cristóbal, catalán, de la Ermita de Monserrat, una iglesia metida como en un bosque, frente a Río Cristal. Después de una etapa de descreimiento, sentí la necesidad de confesarme de nuevo con Carlos Manuel de Céspedes. Recuerdo que Petí presionaba en broma a Carlos Manuel para que le contara mis confesiones, y él ni muerto. Hasta que un día le dijo una de las frases más lindas que le escuché: "¿Tú quieres que te diga cuáles son las confesiones de Amaury? Son las confesiones de un niño. Él mismo se pone su castigo: no tomar en un año, no comer helado". Hasta ahí llegó él. Y después me confesé con Jaime Ortega en el Arzobispado. Me dijo: "Como tú sabes, estoy enfermo. ¿Quieres rezar conmigo por última vez?" Y recé con él e hice con él la última confesión de mi vida. Éramos muy amigos.

La espiritista del Central Chaparra

¿Por dónde me viene a mí esto de los espíritus?, nos dice Amaury. Les cuento mis primeras experiencias: yo veía de niño a una persona que no conocía, una viejita muy delgada, de ojos muy grandes y muy oscuros. Yo no hablaba de eso, no me atrevía a decir nada, pensaba que era una bruja o algo así, y, años después, me enteré de que era mi bisabuela Rosalía. Cuando vi la foto de ella, la reconocí. Eso fue sesenta años después de verla en mi cabeza.



Casa de la familia en el central Delicias, Chaparra, Puerto Padre. El que está en la ventana es el padre de Amaury.

Empiezo a investigar, a preguntar a los que quedaban de mi familia, y me entero de que se llamaba Rosalía González, la abuela de mi papá. En el Central Delicias, en Chaparra, ella era la espiritista por excelencia. Su casa estaba frente por frente a donde vivía Pablo Armando Fernández, gran poeta y gran espiritista.

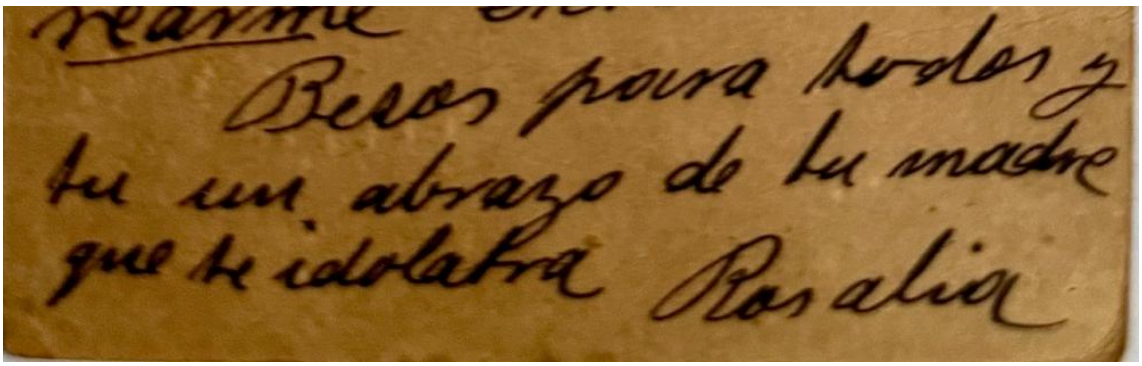
Mi bisabuela lo primero que hacía cada vez que tenía un hijo, y tuvo muchos, era sembrar una mata de coco a la vera del camino. Con el tiempo, cuando después de morirse ella esos hijos se fueron muriendo, las matas de coco se secaban, se morían.

Eso lo pude comprobar en un viaje a Chaparra. Yo fui cuando falleció mi abuelo Alcibiades, ya Rosalía estaba muerta.

Rosalía era como la doctora del pueblo. La gente se consultaba con ella, todo a base de flores blancas y de agua. Tenía un sembradío de rosas blancas, y curaba con esas rosas. Eran rosas, tenían que ser rosas.

Mi bisabuela Rosalía no sabía leer ni escribir. Mi abuelo Alcibiades y mi tío abuelo Álvaro, dos de sus hijos, se fueron a construir el aeropuerto de Maiquetía, en Venezuela, ellos eran así. Y un día ella decide escribirle una carta, y otro de sus hijos le dice que se la dicte, que él la escribe. "No", le dice Rosalía, "yo puedo". Y todo el mundo pensó "enloqueció Rosalía", porque ella era analfabeta. Pero entonces agarra una pluma de aquella época, de esas con tintero, y escribió: "Queridos hijos, les extraño mucho, sé que están en Caracas". Sin una falta de ortografía y con una letra impecable. Y abajo firmó: "Tu mamá que les extraña y les ama".

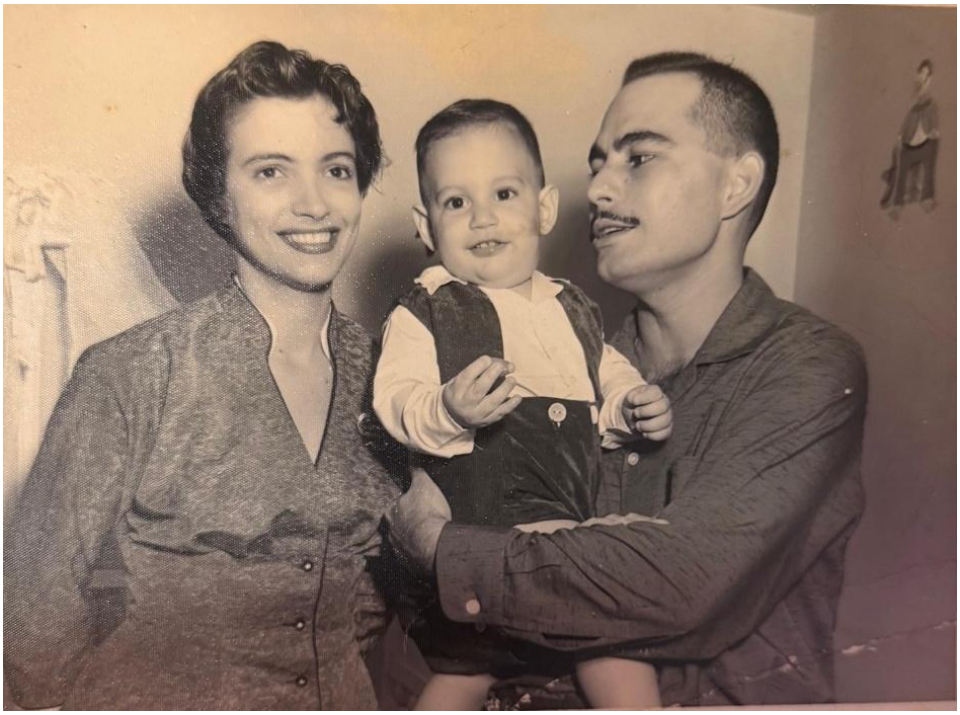
La familia quedó muy sorprendida y se puso a buscar quién podría haber hecho eso por ella. Pero mi tía abuela Blanca, su cuñada, había visto a Rosalía escribirlo de corrido ella misma.



Fragmento de otra carta escrita por Rosalía.

Por cierto, no se me olvida algo que me dijo mi papá sobre Rosalía. Fue cuando íbamos una vez por la calle 17 en El Vedado, la vez en que mi papá me agarró la mano, una sola vez en la vida. La única vez que me cogió la mano de grande. Su mano era muy callosa, muy reseca, como si fuera de un obrero, de un constructor. Yo enseguida me solté, no me parecía lógico, moral, no sé, eso de andar cogido de la mano con un viejo. Tampoco mi papá era un viejito que se estuviera cayendo. Me parecía raro, y me solté, y

después me dice: "Seguro me quitaste la mano porque sentiste a tu bisabuela". "No, no lo hice por nada", le dije yo. Y tal vez sí, tal vez había sentido a Rosalía".



Amaury con sus padres.

La abuela Delfina

Mi abuela Delfina, la esposa de mi abuelo, tenía Parkinson, Alzheimer y demencia senil. Y no hablaba hacía tiempo, y la única vez que la oyeron hablar con la voz clara como si tuviera treinta años fue para decir: "Murió Blanca", la tía abuela que vivía en Miami desde antes de la Revolución.

El niño que recorría esta casa

Cuando nos mudamos para esta casa, poco tiempo después, empecé a ver al niño. Yo me sentaba en el cuarto aquel, en un sofacito que tenía, y el niño caminaba por ese pasillo que hay entre el cuarto y la cocina. Yo estaba escribiendo canciones, y el niño venía.

¿Cómo era el niño? Tenía como una luz en la cabeza, yo no le veía el rostro, aparecía siempre con una camisa blanca que se iba perdiendo y difuminando en los pies. No podía verle las piernas ni los pies. El niño venía, la canción salía, y no me daba ningún miedo. La canción iba naciendo, y el niño volvía a hacer su recorrido y se perdía allí, en la puerta de la cocina.

Durante muchísimo tiempo, tres, cuatro años, no hablé con nadie de eso. Hasta que se lo conté a Petí, ustedes saben que es una persona descreída, y me dijo que no la asustara con esas cosas.

Un día se me rompe la computadora, y Carmen Rosa me trae un compañero, a un técnico. Yo le di una cerveza que tenía, y él se pone a trastear la computadora. Al poco rato, se vira, yo estoy sentado en el sofá mientras él está trabajando, y me dice, de espaldas: "Amaury, ¿por qué usted no desarrolla eso que usted tiene?". Yo digo: "¿Tú también, que me acabas de conocer, vas a empezar con este tipo de comentarios?". "Ah, perdón", me dijo, "no, yo no quise decir nada", y ahí se acaba la conversación, el técnico cambia de tema y me explica algo de la computadora. Al poco rato, cuando la arregla y nos vamos a despedir, estamos en la sala Carmen Rosa, Petí, el técnico y yo. Y de pronto el técnico se vira para el pasillo y me dice: "Perdóneme, Amaury, no me diga que usted no lo ve". "¿A quién?", le digo yo. "Al muchacho de la camisa blanca, pero ahora no está caminando, nos está mirando". Y, por supuesto, Carmen Rosa y Petí ahí sí cayeron en coma.

En aquella época vivía aquí en el último piso una señora, Fina, se llamaba, que era de los vecinos originales. Fui a verla y le hice el cuento del niño. Ella me dice que la dueña de este edificio era una francesa que vivía en mi apartamento y que tenía un hijo. Le pregunté cómo era: "Rubito, muy rubio, de cabello dorado, muy tímido y siempre andaba con una camisa blanca, un pantalón oscuro, unos tenis. Él murió en ese apartamento que ahora es suyo, le dieron unas fiebres y murió ahí. La francesa se volvió loca cuando perdió a su niño y regresó a París".

Un día no vi más al niño. Cuando empecé a escribir cuentos, luego las novelas, y ya menos canciones, el niño desapareció.

Profecías, curaciones, cartas, mensajes

La primera experiencia que yo tengo de vaticinar algo fue cuando estaba en la Secundaria Carlos J. Finlay, ahí en G y 11. Yo tenía un amigo muy querido, se llamaba Fernando, y lo oigo toser en el aula, una tosecita normal, de quien tiene un catarro, y yo me viro para Andy Montes, que era mi compañero, y Marilyn Bobes, que era mi otra compañera de pupitre, y les digo: "Fernando se está muriendo", y ellos: "No, ¿por qué?" Era un muchacho fuerte, alto. Y yo: "No sé, pero se está muriendo". Tuve la sensación de que se estaba muriendo, y se murió al mes, tenía cáncer en el pulmón, muy jovencito, no sé, de 14 o 15 años.

Tuve otra experiencia similar con Enriquito Almirante, hijo, el mayor, y Andy fue testigo. Enriquito hacía un personaje en *La panadería* de Bertolt Brecht, una obra que yo fui a ver muchas veces. Un día en que había función vi a Enriquito con un ataque de asma y las piernas hinchadas y le dije: "No vayas esta noche al teatro", pero insistió en irse a trabajar. Andy y yo lo acompañamos hasta el Teatro Mella, lo dejamos allí y nos fuimos para casa de Andy, que vivía cerca. Éramos muy amigos los tres.

Estoy conversando con Andy y de pronto le digo: "Vamos para el teatro". Y me pregunta: "¿Cómo vamos para el teatro, si vinimos del teatro de dejar a Enriquito hace un par de horas?". "Enriquito se murió", le digo. Y Andy: "¿Cómo vas a decir que Enriquito se murió?". "Sí, se murió ahora mismo",

repito, y arrancamos para el teatro. Efectivamente, Enriquito se acababa de morir.

Yo se lo conté a mi mamá y a una cartomántica amiga suya que se llamaba Nemesia. Mi mamá no creía en nada, pero, fíjate, sí creía en las cartas, y le cuento a Nemesia esos anuncios que me venían a la mente y me tira las cartas. Yo, católico desde niño, no creía en aquello, pero, bueno, esa señora me dijo muchas cosas. Todo lo que dijo se ha cumplido, menos que la que me iba a cerrar los ojos no iba a ser mi segunda esposa, sino la tercera. Yo no tenía en esa época creo que ni novia. Eso es lo único que no se ha cumplido ni se va a cumplir, todo lo demás se ha ido cumpliendo. Y yo ni tocaba guitarra. Y ella dijo "Va a ser músico, va a tocar la guitarra, va a hacer canciones, va a viajar el mundo entero, va a ser esto, va a ser lo otro", y mi mamá se murió de la risa y yo también. "Va a tener un carro que se lo va a dar Fidel", o sea, todo era muy loco para un muchacho de 14 años.

Y mucha gente me decía "tienes que desarrollar eso". Yo no quería desarrollar nada, pero lo cierto es que tenía esa capacidad. Traté por todos los medios de que aquello no me afectara, porque, por ejemplo, después empezaron los dolores de cabeza y los malestares de cuerpo de cualquier tipo. Y la mano mía poniéndose en la frente de la gente, quitándole los dolores de cabeza a las personas. Tocando al enfermo o solamente acercándole las manos, en algunos casos, y la gente empezaba a mejorar, y yo decía: "No, si te ibas a curar de todos modos".

Me daba cuenta de que cada vez que hacía una cosa de esas, cuando terminaba, y las personas me estaban agradeciendo y diciéndome, "Amaury, estás hecho un mago, me quitaste el dolor de cabeza, me quitaste el dolor de riñón", yo quedaba muy agotado, pero muy-muy agotado. Prácticamente no podía caminar. Y yo tenía 17 años…

Luego, en el Icaic, me relaciono con el departamento técnico donde todos eran santeros, todos, y había un señor que era el jefe de luces que se llamaba Carmelo, de Regla, y todos querían que yo me metiera en el mundo de la santería, que era muy atractivo, y él le decía a la gente: "No lo metan en eso, él está en lo suyo". Porque me veía adivinar. Yo decía: "No se preocupen con la filmación de pasado mañana que esa no se va a dar, va a llover", y todo el mundo miraba para el cielo, que estaba despejado, pero luego llovía y se suspendía la grabación. Y Carmelo decía: "Déjenlo, que él tiene lo suyo".

Siempre me miraba con afecto, con sus ojos azules, lo recuerdo. Tenía un punto aquí, un punto tatuado aquí en la mano, donde yo tengo el colibrí de Rancaño, un puntico ahí, parecía un lunar, pero te dabas cuenta de que era una cosa hecha. Yo presentí, estando aquí mismo, estando en este edificio, que Carmelo se iba a morir. Y se murió.

Para mí no son premoniciones. Son como mensajes que alguien me envía.

Después eso creció y creció y se desarrolló de manera casi enfermiza. Cuando a Petí la atormentaban los cólicos nefríticos, los dolores, se ponía

Avafortán y me decía "Ponme la mano en el riñón". Yo le ponía la mano y, cuando ella decía "Ya se me quitó", yo estaba dormido, absolutamente dormido del agotamiento. Siempre me sobrevenía un gran agotamiento después de eso. Y así empezaron a traerme a la casa a personas enfermas con bolas en la cabeza, yo tocaba la pelota y decía "Esto no es nada, esto es una bola de sebo". "Pero los médicos dicen que hay que operar", me replicaba el enfermo o el acompañante del enfermo. "No, no, eso no es nada", repetía yo. Una locura. Es entonces cuando yo siento que debía hacer silencio. Me dio la impresión de que aquello sonaba a charlatanería.

Hubo otro incidente. Estábamos en la casa Petí, Carmen Rosa, la mamá de Carmen Rosa y yo. Ella se estaba divorciando y hablábamos de eso mientras yo me tomaba un trago. De repente me paré y le dije: "Dentro de tantos meses y tantos días, vas a conocer a una persona, que es militar, se van a enamorar y se van a casar", y hubo una risotada tremenda. Yo me encabroné un poco de que se rieran de una cosa que me había venido del cielo o de alguna otra parte, me levanto, camino como quien se va a la cocina, y viro "y es más, con ese tipo vas a tener un hijo". La risa todavía se oye y con la misma me fui.

Pero, exactamente a los dos, tres meses de eso, ella va un día a una unidad militar con una compañera, conoce a Raúl, se casa con Raúl, y en el límite de la edad para embarazarse, con un embarazo de riesgo, tiene a su hijo.

En París: el Cementerio Pere Lachaise, Allan Kardec y la familia cubana que tiene un hijo enfermo

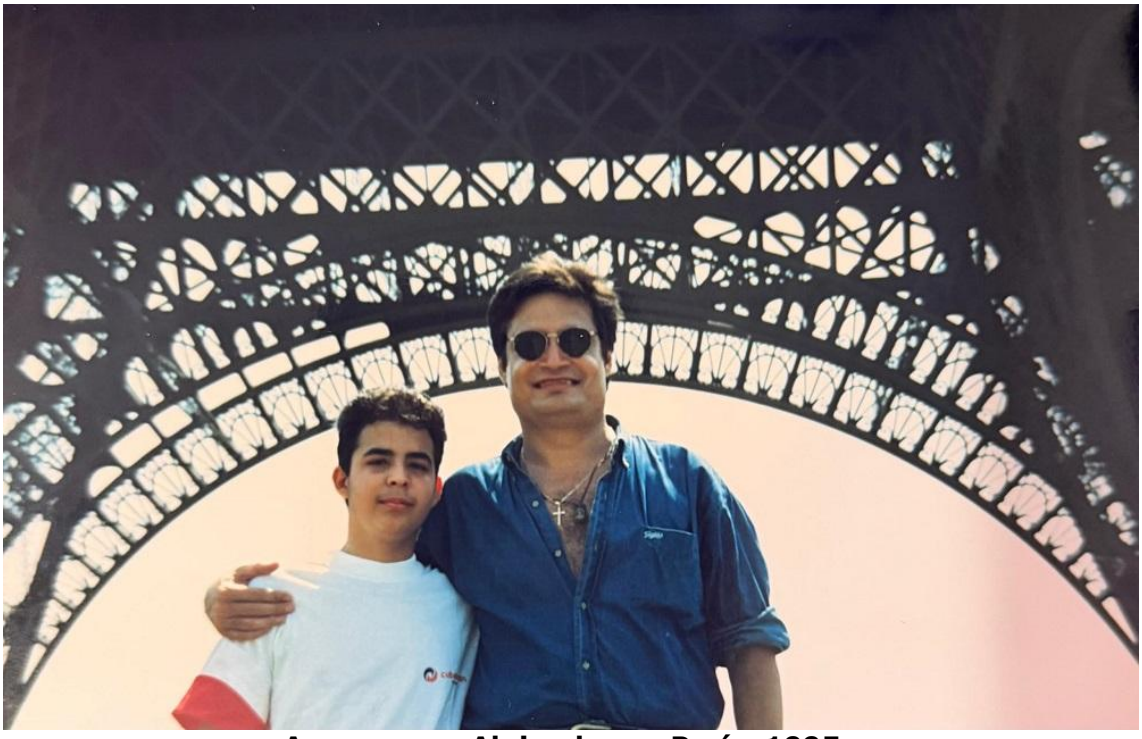
Esas cosas me ocurrían con mucha frecuencia. Voy a París en el año 95, y me hospedan en casa de una mexicana de la solidaridad, pero estábamos muy estrechos. Yo llamé a mi amigo Pepe a La Habana y le pregunté si conocía a alguien en París. Él se comunicó con una pareja, que eran de Puerto Padre (Olegario y Margarita), que trabajaban en Cubanacán y nos hospedaron en un hotel modesto en Montparnasse. Y ahí yo conocí a Alejandro, el hijo de ellos.

A Alejandro le hacían diálisis un día sí y un día no. Cuando se la hacían, se sentía como un príncipe y nos decía "vamos para aquí, vamos para allá" y nos llevaba por todo París y al otro día estaba debilito. Me explicaron el problema que tenía Alejandro, y yo, con tremenda nota, les dije: "Eso se lo resuelvo yo", y Petí me dice: "¿Qué tú le resuelves?", "El alargarle la vida a este niño", digo, y añado: "Vamos a ir a ver a Allan Kardec".

Les juro por Dios que yo nunca había oído ese nombre. No lo había oído, yo no sabía nada de Allan Kardec, ni sabía en qué cementerio estaba, ni sabía que estaba enterrado en París, no sabía quién era. Pero, cuando yo digo "Allan Kardec" fue como si lo que más yo supiera en la vida fuera de Allan Kardec. Luego me enteré de que aquí en La Habana hay un parque con un busto de Allan Kardec…

Y el día de venir para Cuba teníamos que estar en el aeropuerto, supongo, a las 12, y a las 7 de la mañana ya ellos me estaban esperando con los remedios que yo había pedido, unas jarras con agua y flores blancas,

compradas en la puerta del cementerio. Petí no quiso ir conmigo. Yo fui directo a la tumba de Allan Kardec, le pasé por el lado a Jim Morrison, le pasé por el lado a Oscar Wilde, les pasé por el lado a todos, y fui directo a la tumba de Kardec, que es un monolito. Pero, cuando llegué ahí frente a la tumba, le dije a la gente, "quédense atrás". Ahí yo comprendí la situación en que me encontraba, estaba con una resaca tremenda y lo que pensé fue que quien fuera que estuviera ahí yo tenía que pedir disculpas por irresponsable y parlanchín.



Amaury con Alejandro en París, 1995.

Atrás del monolito hay una plaquita con la historia de Allan Kardec y ahí le pedí perdón a Allan Kardec y le pregunté si tenía que decirle ahí mismo a la gente que yo no era más que un bufón. Y sentí una voz que me dijo: "Sí". Pero cuando salgo de atrás de la tumba para decirlo, lo que me sale por la boca es: "Estamos en el mes de julio, pero les digo que antes del 31 de diciembre…" Lo que yo estaba pensando era "Discúlpenme, yo soy un payaso", y, sin embargo, lo que sale de mi boca es: "Antes del 31 de diciembre aparece el riñón de Alejandro".

El 30 de diciembre, recibo una llamada por teléfono de París a mi apartamento. Una francesa había tenido un accidente, y el riñón era compatible con Alejandro. El día 31, ya Alejandro estaba operado con el trasplante. Así vivió quince años más, con el riñón de otra persona. Se casó, terminó su especialidad en la Universidad, ejerció su profesión.

Cuando murió, yo me quedé pensando: "No lo salvé". Y Petí me dice: "Tú hiciste lo que le dijiste, que le ibas a alargar la vida, y se la alargaste quince años".

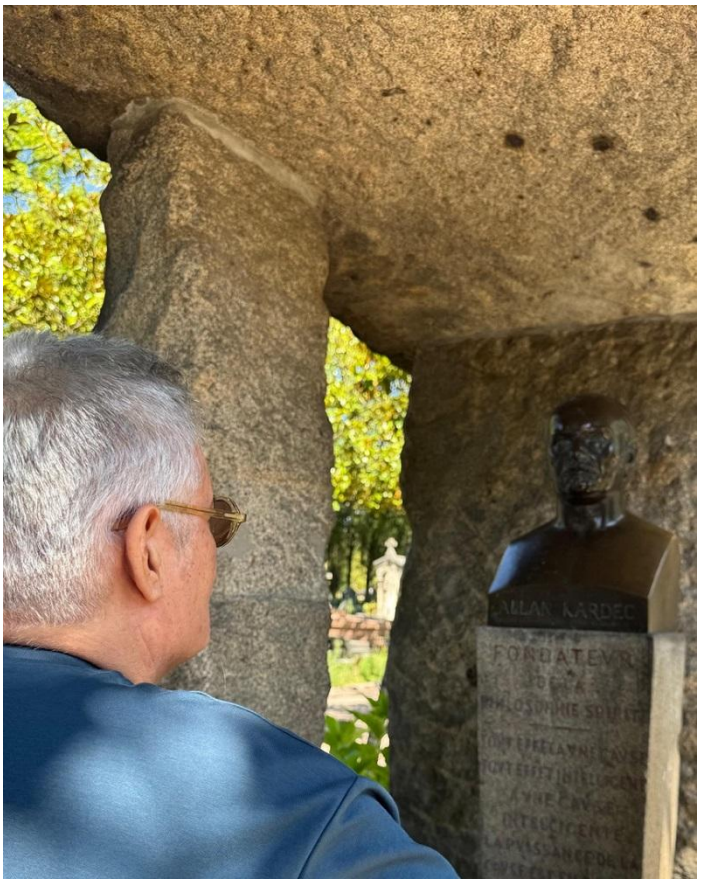
Por cierto, regresé a la tumba de Allan Kardec en el 2025 a pedir salud para otro amigo muy querido.

Eso ocurre mucho más de lo que yo quisiera. Yo nunca he ido a sesiones espiritistas, ni a centros, yo he querido que eso no exista. Mi bisabuela no ha aparecido nunca más. Yo incluso puse una fotico, ella tiene que haber tenido un ancestro taíno, siboney, porque mi abuelo y ella eran de rostros indígenas.

Petí a veces me decía que iba al agro y luego iba al Vedado. Un día salió y me dijo que iba al agro, yo le dije: "Tú vas a ir al Vedado y te van a chocar", y así fue, fue al Vedado y la chocaron. Ese tipo de cosas nos han pasado no sé cuántas veces. Petí puede dar fe. No he perdido ninguna facultad. Yo puedo darme cuenta rápidamente de la fiebre que tengo, con exactitud, sin termómetro.

Esas premoniciones a mí me vienen solas. No es que tú vengas y me preguntes y yo te consulte y te diga qué es lo que va a pasar. Eso viene solo.

Yo solo he visto lo que llaman "aura" una sola vez. Mi viejo tenía un aura cuando llegó al hospital y luego le fue cambiando de color, se puso medio roja, naranja, rosado, sabía que se iba a morir.



Regresé a la tumba de Allan Kardec en el 2025 a pedir salud para otro amigo muy querido.

Consuelito

Yo sueño en estos tiempos mucho con mami y ella me está dando muchos consejos. En el último sueño me dijo: "Yo sé que tú estás esperando que cuando llegue tu hora te venga a buscar tu papá, pero quien te va a venir a buscar voy a ser yo". Yo le dije: "Mamá, yo tengo muchas ganas de verte también". Pero de pronto esa que era mi mamá tenía otra cara... no era mi mamá y yo le digo, "Pero, mamá, esa no eres tú", y ahí sí me desperté.

Mi madre murió ingresada en terapia intensiva, en el CIMEQ. Yo estaba en México trabajando y regresé de inmediato al recibir la noticia. Mis hijos estaban con mi mamá en la sala de terapia del hospital, mi hermano salió un momento y les dijo: "Quédense con ella".



Amaury con Consuelito.

Cuando yo llegué, Alan me pregunta: "Papá, cuando una persona está entubada, ¿puede hablar?" Yo le digo que no. "Bueno, pues, Tata (así le decían mis hijos a mi mamá), unos segundos antes de morir, miró hacia una esquina de la sala y dijo, con su voz de Consuelito de siempre: ˈAmauryˈ... ¿Sería contigo?" Yo le dije que no, "era con mi papá, que la vino a buscar".

Entonces, en la funeraria, me lo cuenta el médico intensivista. "Ella pensó en ti a última hora". Digo: "No, no era conmigo, era con Amaury, mi papá". "Ella dijo ˈAmauryˈ con una dulzura tremenda", me dijo el médico.

Está claro que mi papá vino a buscarla. Siempre dicen que uno nunca hace el tránsito solo, siempre hay alguien de tu familia, de tus amigos, que te viene a buscar. Esas son las mejorías que las personas tienen antes de morirse, ven a alguien muy querido y se animan de repente.

Amaury sueña con Eusebio

> Cuando reposa el cuerpo, el espíritu posee más facultades que en vigilia. Tiene conocimiento del pasado y algunas veces previsión del futuro. Adquiere mayor energía y puede entrar en comunicación con otros espíritus ya sea en este mundo ya en otro.
> (Allan Kardec, *El libro de los espíritus*)

Eusebio es una presencia perenne aquí en esta casa. No obstante, yo nunca había soñado con él. Y sucedió que hace tres noches, sin que nada me hubiera recordado durante el día a Eusebio, sin que hubiera visto alguna imagen de él en televisión o en fotos, sueño que yo estaba caminando por una ciudad que era la Habana Vieja, pero que no era la Habana Vieja de Eusebio. Lo veo venir, canoso, con su traje gris, y nos saludamos muy afectuosamente con un abrazo. "¿Cómo estás?", le digo yo. "Estoy muy bien", me responde. "Allá donde yo vivo se está muy bien, estoy tranquilo, no me duele nada, ya no tengo dolores", me dice. "Ah, ¡qué bueno!", digo yo, contento, acordándome del suplicio que había sufrido en la última etapa de su enfermedad.



Eusebio es una presencia perenne aquí en esta casa.

“Yo te quiero invitar a un lugar secreto, un museo secreto que yo tengo aquí, ven conmigo”, me dice y sale caminando bastante rápido por unas calles irreconocibles para mí. No eran las calles que he visto tantas veces, no, eran otras. Cruzamos a través de una placita de adoquines, totalmente desconocida, y entramos en una suerte de palacio veneciano. Un lugar muy amplio, con un puntal altísimo, con muchas estatuas y mucha gente caminando y mirando las obras de arte.

Se sentó en un banco de mármol gris y me pidió que me sentara a su lado. “Sé que has estado preocupado por mí, Amaury”, me dice, “pero yo estoy muy bien, de verdad, yo estoy viviendo otra vida”. “No sabes la alegría que me das”, le digo.

Era un sitio con muchas estatuas como de Miguel Ángel, que yo no había visto jamás. Miré arriba, al segundo piso, al tercero, y lo que vi fueron más barandas de mármol y más obras de arte, que yo no reconocía.

Nosotros estábamos sentados pero la gente nos interrumpía una y otra vez, la gente que estaba allí recorriendo el museo, hombres y mujeres de todas las edades, de todos los colores, gente de pueblo. Lo llamaban por su nombre, lo tuteaban, con ese cariño que siempre le tuvieron los cubanos a su historiador: “Eusebio, ¿qué tal?, ¿cómo estás?”, le decían, sonriendo, felices de verlo.

“Pero, Eusebio”, le digo, “si tú estás muerto, ¿cómo es que ellos te vienen a saludar así, con tanta confianza?” Eusebio me mira, como se mira a un niño que hace preguntas ingenuas. “Es que ellos también están muertos”, dice.

Yo entré un poco en pánico por estar en ese lugar rodeado de muertos y me desperté. Pero me desperté también con el placer de haber visto de nuevo a Eusebio y de que me dijera que no sentía dolores allá donde vive ahora.

Imágenes: Cortesía de Amaury Pérez
@LaJiribilla 2026